

¿Hacia una bipolaridad global armada? Las claves y riesgos de la guerra de Ucrania y los caminos hacia la paz

Towards a global armed bipolarity? The Keys and Risks of the Ukrainian War and the Paths to Peace

JOSÉ ÁNGEL RUIZ JIMÉNEZ, *Institute of Peace and Conflict Studies / University of Granada*
j.angel@ugr.es

RESUMEN

Este artículo explica cómo y por qué el conflicto armado iniciado en Ucrania en febrero de 2022 está suponiendo un punto de inflexión en el lento pero inexorable declive del orden global y las relaciones internacionales característicos de la post Guerra Fría. Sus consecuencias inmediatas están siendo hechos tan impredecibles tan solo unos meses antes como la incorporación de Suecia y Finlandia a la OTAN, la ruptura entre la UE y Rusia, el rearme de Occidente y el acercamiento entre Moscú y Beijing para configurar un frente común potencialmente formidable. También describe que en la guerra de Ucrania existe un choque de políticas interesadas, de doctrinas de defensa y de narrativas políticas y periodísticas paralelas en Occidente, Rusia y Ucrania que han ido creando las condiciones a largo plazo para que tenga lugar un conflicto de gravísimas consecuencias globales. También analiza la evolución histórica y las dinámicas internas de Ucrania como actor con entidad propia, no solo como un sujeto pasivo de los intereses estadounidenses y rusos. Finalmente, el texto propone algunas alternativas a la gestión del conflicto desde la Investigación para la Paz más racionales, eficientes y acordes con los derechos humanos.

Palabras clave: Ucrania, Rusia, geopolítica global, narrativas belicistas, pacifismo.

ABSTRACT

This article explains how and why the armed conflict that began in Ukraine in February 2022 is marking a turning point in the slow but inexorable decline of the global order and international relations characteristic of the post-Cold War. Its immediate consequences are being made as unpredictable just a few months before, such as the joining of Sweden and Finland to NATO, the split between the EU and Russia, the rearmament of the West and the rapprochement between Moscow and Beijing to set up a potentially formidable common front.

This work also explains that, in the war in Ukraine there is a clash of parallel interested policies, defence doctrines and political and journalistic narratives in the West, Russia and Ukraine that have been creating the long-term conditions for a conflict with very serious global consequences. The article also analyses the historical evolution and internal dynamics of Ukraine as an actor in its own right, not just as a passive subject of US and Russian interests. Finally, this work proposes some alternatives to conflict management that from the perspective of peace research that are more rational, efficient and consistent with human rights.

Keywords: Ukraine, Russia, global geopolitics, warmongering narratives, pacifism.

Introducción

El conflicto armado iniciado en Ucrania en febrero de 2022 está suponiendo un punto de inflexión en el lento pero inexorable declive del orden global y las relaciones internacionales característicos de la post Guerra Fría. Sus consecuencias inmediatas están siendo hechos tan impredecibles tan solo unos meses antes como la incorporación de Suecia y Finlandia a la OTAN, la ruptura entre la UE y Rusia y el acercamiento entre Moscú y Beijing para configurar un frente común potencialmente formidable. Y es que la tensión creada puede



© 2022. Este trabajo está licenciado bajo una licencia CC BY-SA 4.0.

terminar derivando derivar en una nueva bipolaridad global armada entre dos grandes bloques en lo que sería un indeseable revival de la Guerra Fría, así se contara ahora con actores cuyo peso en la política internacional es muy distinto al que tenían en la segunda mitad del siglo XX, y con que las motivaciones político-ideológicas se vieran en gran medida desplazadas por las económicas, geopolíticas e incluso de pugnas entre modelos de civilización y cultura, como ya advirtió a finales del siglo pasado el estadounidense Samuel Huntington (1996).

Por otra parte, la guerra de Ucrania se está caracterizando por la existencia de un acusado choque de políticas interesadas, de doctrinas de defensa y de narrativas políticas y periodísticas paralelas entre Occidente, Rusia y Ucrania que han ido creando las condiciones a largo plazo para un conflicto de posibles gravísimas consecuencias globales. Y es que este conflicto armado puede ser el primer paso para la consolidación de un escenario de tensión prebélica global y creación de narrativas y cosmovisiones enfrentadas desconocido desde al menos 1989, pues las grandes crisis de los últimos 25 años, como la del 11-S o la guerra de Siria y la paralela aparición del Estado Islámico estuvieron muy lejos de tener semejante repercusión en el orden mundial internacional.

El choque de narrativas y motivaciones entre Occidente y Rusia

En primer lugar, es necesario conocer las distintas circunstancias y percepciones del conflicto existentes en Occidente, Rusia y la propia Ucrania. Ciertamente, la historia, la geografía, las religiones (sacras y profanas), las tradiciones y, por supuesto, los medios materiales de existencia de ambas realidades sociales generan conciencias colectivas con muy diferentes sesgos y por tanto con maneras muy distintas de entender y valorar el conflicto. En Occidente se entiende la guerra como una agresión de Rusia, país liderado por un déspota sin escrúpulos como Vladimir Putin, que ha invadido Ucrania para anexionarla por la fuerza en un ejercicio de agresión ilegítima. El hecho de que Rusia sea miembro permanente del consejo de seguridad de la ONU y que por tanto tenga la facultad de paralizar cualquier intervención militar de los cascos azules, así como el que Ucrania no sea miembro de la OTAN, dejan al país agredido prácticamente indefenso ante una superpotencia militar que está ocupando sus territorios, bombardeando indiscriminadamente sus ciudades y ensañándose con la población civil. Lo anterior explica que Ucrania haya despertado una ola de simpatía traducida en innumerables acciones solidarias. Estas van desde las iniciativas simbólicas de ciudades que exhiben los colores de la bandera de Ucrania en lugares públicos y de individuos que lo hacen en la imagen de perfil de sus redes sociales, a acciones de Gobiernos orientadas fundamentalmente a acoger unos refugiados que ya se cuentan por millones, a enviar armas para que puedan defenderse de la invasión sin implicar directamente a terceros estados, y a castigar la economía de la potencia agresora con duras sanciones económicas. De ahí que se hayan tomado medidas tan extremas como la exclusión de Rusia del Consejo de Derechos Humanos de la ONU tras valorarse los informes de abusos y violaciones de los derechos humanos y del derecho internacional humanitario por parte de Rusia. Esta interpretación posee una lógica indiscutible, reforzada por la voluntad de hacer justicia y prestar apoyo a una nación avasallada por una invasión militar inmisericorde. El que haya lecturas alternativas del conflicto nos parece incomprensible, cuando no un inhumano e injustificable apoyo a la barbarie de Rusia en Ucrania, una abierta complicidad con el mal o, si somos capaces de ir

más allá, como una manifestación de que existen lecturas distintas acerca de la naturaleza de esta guerra.

Cuando abordamos la perspectiva de Rusia, debe considerarse que comprender a otros, sobre todo cuando se perciben como adversarios o enemigos, no es un ejercicio fácil. Tampoco implica legitimarlos, ni por supuesto darles la razón. Sin embargo, para gestionar un conflicto sin que las opciones se limiten a someter o destruir al adversario es imprescindible identificar sus motivaciones para poder encontrar argumentos que contrarresten los suyos, así como propuestas que le persuadan de cambiar su política por iniciativa propia.

En primer lugar, debe considerarse que Rusia aún es un país muy condicionado por largos siglos de zarismo y sobre todo por 70 años de comunismo, no habiendo terminado su transición ni en lo político ni en lo económico ni en lo cultural, lo que determina su presente. Durante la crisis de la URSS en los últimos años 80, durante la *perestroika*, el país se debatió entre dos proyectos. Por una parte, el del Secretario General del PCUS entre marzo de 1985 y diciembre de 1991 Mijaíl Sergeievich Gorbachov, Premio Nobel de la Paz y autor de obras como *La casa común europea*, *Hacia el porvenir pacífico de nuestro planeta* y *Mandato por la paz*. Gorbachov planteaba una serie de reformas que pretendían convertir a la Unión Soviética en una socialdemocracia que conviviese armónicamente con los Estados liberal-capitalistas del bienestar de la UE en lo que denominó una *casa común* que fuese desde los Urales hasta Portugal. Por otra parte, su adversario, Boris Yeltsin, presidente del Soviet Supremo de Rusia entre mayo y diciembre de 1991 y luego la Federación de Rusia entre diciembre de 1991 y 1999, representaba un proyecto, conservador, nacionalista y autoritario en lo político, a la vez que ultraliberal en lo económico.

Occidente negó los apoyos y créditos que Gorbachov les solicitó repetidamente para llevar a cabo su programa, decidiendo apostar por el dipsómano Yeltsin, quien llegó a bombardear el parlamento ruso en 1993 porque se oponía a que estuviera extralimitando sus decisiones más allá de lo establecido en la Constitución. Todo ello sucedió con el silencio cómplice de las cancillerías de Washington, Londres, París y el resto de estados de referencia occidentales, quienes se felicitaban de que Yeltsin hubiera propiciado el fin del comunismo y la desaparición y división del antiguo imperio ruso, cuyas fronteras había heredado la Unión Soviética, que quedó fragmentada en 15 nuevos estados independientes en 1991. En lugar de una democracia europea, la nueva Rusia se convirtió en un país empobrecido bajo un presidente despótico. Ello pareció a Occidente una cuestión menor, sobre todo porque suponía que aquella Rusia en ruinas dejaba de ser un peligro para Occidente después de casi medio siglo de Guerra Fría. EEUU ignoró así los consejos de George Kennan, Milton Friedman y otros intelectuales que advertían de las consecuencias a largo plazo de humillar a Rusia. Por el contrario, dio la impresión de que a Washington le pareciera jocoso que el antiguo enemigo comunista recibiera encantado la llegada de las empresas capitalistas occidentales, con casos tan icónicos como el espectacular éxito de McDonald's. Incluso el que Yeltsin fuera un personaje histriónico y de modales ordinarios, que aparecía ebrio en sus actividades como jefe de Estado, en las que con frecuencia tocaba descaradamente a las azafatas, se veía desde Occidente como algo anecdótico y divertido, pues en el fondo lo decadente de Yeltsin encajaba a la perfección con los peores estereotipos sobre Rusia y simbolizaba la venida a menos de su otrora formidable enemigo comunista.

En 2000 le sucedió en el poder Vladimir Putin, quien se había formado profesionalmente

en la KGB con la firme convicción de que Rusia era y debía ser una superpotencia mundial. Putin continuaría y perfeccionaría la línea nacionalista y autoritaria marcada por su predecesor, aunque en su caso mostrando una imagen pública de absoluta sobriedad y corrección. En 2005, Putin declararía que la mayor catástrofe geopolítica del siglo XX no fue la Segunda Guerra Mundial, sino la caída de la URSS. Lo dijo precisamente porque aquello supuso la desaparición de Rusia de la élite política mundial, pasando a ser una potencia de segunda fila. Pese a sufrir graves reveses en sus primeros años, como el hundimiento del submarino Kursk o acciones del terrorismo checheno en Rusia que dieron la vuelta al mundo, Putin inició un proyecto político a largo plazo para que el país recuperara su estatus perdido. En primer lugar, sometió a la oposición, silenció a los disidentes –recurriendo con frecuencia a la prisión o los envenenamientos– (Vallés, 2019), utilizó el palo y la zanahoria con los oligarcas, mejoró la economía y la influencia política internacional en base a la racionalización y uso estratégico de sus recursos naturales (Sánchez Ortega, 2014) y no dudó en arrasarse Grozni, la capital de Chechenia, con tal de acabar con su independencia *de facto* (Politkotskaya, 2003). Por otra parte, el apoyo de Putin a la invasión de Afganistán en 2001 hizo que Occidente mirase hacia otro lado durante la salvaje campaña chechena, que Putin vistió hábilmente de operación en línea con la *guerra contra el terror* promovida por EEUU.

En política interior, Putin supo leer perfectamente la mentalidad rusa para promocionarse como líder guardián de sus valores nacionales. Mediante una permanente campaña propagandística de exaltación de sus virtudes como estadista inflexible, astuto y dotado de una masculinidad espartana, logró situarse en la lista de *padres de la nación*, el tipo de hombres fuertes a que están habituados en su país desde los zares a Lenin o Stalin. Una imagen muy alegada de la bonhomía, el perfil dialogante y la personalidad cercana de Gorbachov. Desde ese liderazgo se ha mostrado a su pueblo como el gran protector de la idea de Rusia que comparten la mayoría de sus ciudadanos: conservadora, creyente y patriota frente a un Occidente considerado en decadencia moral, ateo, materialista, individualista, promotor de la homosexualidad y el aborto y empeñado en destruir Rusia, el país de la ciudad santa de Moscú, la *tercera Roma* (Plokhly, 2017). Esto nos ayuda a entender lo preciso y estudiado, por ejemplo, tanto del discurso de Putin de 17 de abril como de su alocución en el estadio Luzhniki un día después, en los que citó la Biblia, la *purificación* de Rusia contra traidores e ideas indeseables, y cómo la *operación especial* en Ucrania estaba reforzando la sagrada unidad del pueblo. Nada de esto son ocurrencias de Putin y su aparato propagandístico, sino elementos muy presentes en la cultura política, la academia, la prensa, la Iglesia y el imaginario colectivo popular de Rusia. Tal mentalidad considera además que todos los rusos, incluidos los bielorrusos y los *pequeños rusos* o ucranianos son una sola nación, de modo que Ucrania y Bielorrusia son percibidos como Estados ficticios acosados tanto por liberales extranjeros como por la extrema derecha de estos países para volverlos contra Rusia, en la que deberían reintegrarse tras haber formado parte de la misma durante siglos. De hecho, más allá de la importancia geopolítica y económica de Ucrania, su independencia primero y alejamiento después respecto a Rusia, posee un gran impacto negativo en lo moral y lo simbólico para el pueblo ruso. Además, esta línea de pensamiento conservador y partidario de la integración de los países que cuenten con población rusoparlante dentro del Estado ruso –caso de Ucrania, Belarús o parte o toda Georgia– ha gozado del soporte de conocidos intelectuales rusos del último siglo, desde los clásicos Ivan Ilyin –autor entre otras obras

de *Las bases de la lucha por la Rusia nacional* (1938) y *Sobre la Rusia del futuro* (1948) y Lev Gumiliov –autor de obras como *Un final y un nuevo comienzo* (1989) y *Del Rus a Rusia* (1992) hasta los vigentes Aleksandr Dugin –fundador y editor de la revista *Elementy*, donde se fomenta la creación de un imperio euroasiático capaz de plantar cara a Occidente basado en una mezcla de valores nacionalistas, comunistas, cristianos ortodoxos y fascistas– y Andrei Fursov –influyente intelectual conservador y nacionalista director del Instituto de Análisis Sistémico-Estratégicos–.

En cuanto a la recuperación del estatus de superpotencia internacional para Rusia, ésta planteaba un enorme desafío para Putin. No hay duda de que Occidente aprovechó la debilidad de Rusia en la década de los 90 para ahogarla definitivamente como posible rival militar: en el oeste, todos los antiguos países satélites de la URSS y algunos más pertenecientes al mundo eslavo, como Croacia, Eslovenia y Montenegro, se unieron a la OTAN, junto a las tres repúblicas exsoviéticas del Báltico. De este modo, EEUU lograba situar sus tropas en la frontera europea con Rusia. Su flanco este quedaba controlado con las bases militares estadounidenses de Corea del Sur y Japón, mientras que en el sur Turquía es miembro de la OTAN y Georgia candidata, a la vez que las ocupaciones estadounidenses de Afganistán e Irak completaban el cerco, pues al norte ya solo hay mares helados. Además, la OTAN ha insistido en la creación de un escudo antimisiles que haga inútil el arsenal nuclear ruso, y ha venido realizando maniobras militares ocasionales cerca de la frontera de Rusia (Nuñez Villaverde, 2016). El estrangulamiento de la esfera tradicional de influencia rusa continuó mediante las *revoluciones de colores* en varios países clave de su periferia, como Georgia (2004), Ucrania (2004) y Kirguistán (2005). Todos ellas tenían el fin común de sustituir sus gobiernos por otros afines a EEUU y la UE, contando con su apoyo financiero, mediático e ideológico (Djurkovic, 2020).

Como es natural, la distancia entre la autopercepción de Rusia como gran potencia y el imparable avance occidental a su alrededor, amenazando con hacerse incluso con países no ya eslavos sino rusófonos, caso de Ucrania y Bielorrusia, creó un sentimiento de urgencia defensiva y revanchismo del que Putin ha hecho bandera. Para Occidente, el derrumbe y descomposición de la URSS, así el posterior acorralamiento de Rusia debían aislar, debilitar y someter definitivamente a su antiguo enemigo durante la Guerra Fría. Sin embargo, tal política ha terminado creando un enorme resentimiento y un efecto boomerang cocinados a fuego lento, del que la invasión de Ucrania ha sido el último episodio. Así, las acciones militares en Georgia (2008) y sobre todo en Siria, Crimea y el Dombás (2014), fueron celebradas en Rusia como los primeros éxitos en el exterior después de un cuarto de siglo de humillaciones, lo que disparó la popularidad de Putin en su país (Fursov, 2014). Ucrania era el siguiente objetivo lógico tras el insatisfactorio limbo en que quedó el Dombás tras los acuerdos de Minsk de 2014, pues el reloj corría en contra de las pequeñas repúblicas separatistas ante el rearme de Ucrania y su abierta voluntad de mantenerlas como parte integral del Estado. Además, el deterioro de la economía rusa y una gestión muy cuestionable de la pandemia del COVID-19 habían contribuido a un notable descenso del apoyo ciudadano a Putin que le resultaba cada vez más necesario revertir. La confianza de Rusia en obtener una victoria rápida basada en su superioridad militar, así como la convicción de Ucrania de que la OTAN y la UE la protegerían, tras haber roto siglos de cercanía a Rusia para entregarse incondicionalmente en sus brazos, fueron los dos errores de cálculo finales que han terminado por convertir esta

guerra en el acontecimiento geopolítico más trascendente desde el 11-S.

La globalización del conflicto y la ficción occidental del aislamiento de Rusia

Aunque en Ucrania las pantallas de las autopistas que daban información sobre el tráfico ahora exhiben mensajes destinados al invasor como “Soldado ruso, vuelve a casa sin sangre en las manos. Putin está perdido, el mundo entero está con Ucrania”, lo cierto es que Rusia no está sola ni aislada. Más allá de su conocida cercanía a China, en países como India, Irán, Brasil, Afganistán, Vietnam, Filipinas, Serbia, Venezuela, Cuba, Eritrea, Sudáfrica o Kenia, existe un elevadísimo nivel de simpatía hacia Rusia en el conflicto. De hecho, fueron nada menos que 40 los países que en marzo de 2022 se negaron a condenar la invasión de Rusia a Ucrania o se abstuvieron en la votación de la ONU, que en este caso es prácticamente lo mismo, y que representan a más de la mitad de la población mundial. Lo que es más aún significativo es que de los más de 140 países que respaldaron la resolución que condenaba uso de fuerza por Rusia en lo que se consideró una votación histórica, los africanos, asiáticos y latinoamericanos terminarían en convertirla casi en papel mojado al negarse a ir más allá implementando las sanciones propuestas y llevadas a cabo desde Occidente. Este hecho se entiende en parte porque en esos escenarios geográficos el conflicto se percibe como algo lejano pero también por cuestiones mucho más profundas y razonadas.

El pasado colonial en África de Occidente genera hoy desconfianza cuando éste intenta imponer su voluntad al resto del mundo, sobre todo una vez que el *continente negro* ha diversificado sus lazos políticos y comerciales en los últimos 15 años con países como China, Turquía y Rusia, modificando así los tradicionales equilibrios diplomáticos, hasta ahora básicamente condicionados en África por la influencia francesa, británica y estadounidense. África percibe que la dominación occidental en el establecimiento de las reglas en las relaciones bilaterales y multilaterales, economía y organizaciones internacionales está cambiando, no dependiendo ya exclusivamente de los créditos ni de la asesoría y ejecución de infraestructuras occidentales, por lo que cada vez da más muestras de autonomía.

En cuanto a América Latina, existe una cada vez más fuerte corriente antiimperialista y antiestadounidense. No se trata ya de los discursos cercanos al comunismo característicos de las décadas de los 60, 70, 80 y 90 en la región, sino de izquierdas moderadas e incluso de algunas derechas que apuestan por el no alineamiento con EEUU y la UE. Las intervenciones militares estadounidenses en América Latina, su indisimulada injerencia en la política interior de sus estados y las acciones bélicas llevadas a cabo desde Washington sin tener en cuenta la legalidad internacional han calado en una población cada vez más culta y con mayor conciencia política. A lo anterior cabe añadir la creciente influencia de China y Rusia en América Latina, en el caso chino por su peso económico, y en el ruso por el político, pues Moscú ha llevado a cabo en los últimos años un encomiable trabajo diplomático abriendo nuevas embajadas y abriéndose puertas en el escenario político de la región.

No obstante, la mayor motivación de africanos, asiáticos y latinoamericanos para negarse a imponer sanciones a Rusia ha sido el pragmatismo de no comprometer sus economías a causa de un conflicto en el que no ven que tengan nada que ganar y sí mucho que perder. El tiempo parece darles la razón, pues pese a su voluntad de no involucrarse, la desestabilización de los mercados está afectando a los precios de los combustibles y la comida, despertando

descontentos larvados y críticas hacia los gobiernos de países como el de Malasia, mientras en Laos, Sri Lanka e Indonesia, incluso tuvieron lugar masivas manifestaciones ciudadanas entre agosto y septiembre de 2022 contra un alza del coste de la vida que cada vez más acusado.

De cualquier modo, más allá de los matices de cada caso, muchos de estos países comparten cierta justificación al ataque ruso a Ucrania como respuesta defensiva ante el cada vez más estrecho cerco al que la está sometiendo la OTAN, a la que perciben como poderoso brazo militar de las potencias occidentales para someter al resto del mundo. En este sentido, se sienten en parte representados por Rusia y por Putin, al que perciben como el único líder mundial que desafía a los arrogantes estadounidenses y europeos y a su imperialismo globalizador neocolonial.

Además, critican el hipócrita doble rasero de Occidente, protagonista de invasiones, ocupaciones y derrocamientos de gobiernos, caso de Vietnam (1959-75), Panamá (1989) Serbia (1999), Afganistán (2000-2021), Iraq (2003-hoy) y Libia (2011), por citar solo algunos de los más conocidos. Les parece indignante que quienes ahora se rasgan las vestiduras por la invasión de Ucrania, nunca se plantearan condenas ni sanciones a los protagonistas de aquellas violencias, que tanto daño causaron a los países que las sufrieron. También denuncian que el intervencionismo ruso en su *extranjero cercano* es sumamente modesto comparado con las doctrinas estadounidenses del *gran garrote*, de la *seguridad nacional* y de la *agresión positiva*, por las que EEUU se ha arrogado el derecho a actuar militarmente *allá donde sus intereses se vean afectados*, así se trate de países lejanos que no hayan atacado a EEUU ni supongan una amenaza directa para ellos, caso de los anteriormente citados. Tampoco respetan las protestas occidentales por la brutalidad de los ataques rusos a ciudades y civiles ucranianos, pese a que se hayan usado bombas hipersónicas, de racimo y de vacío, siguiendo la *doctrina Grozni*. Ésta, perfeccionada por Rusia en Alepo, consiste en destruir las ciudades impidiendo así la temida guerrilla urbana. Contraargumentan que eso no es peor que las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki, las de Napalm en Vietnam o la ofensiva de *shock and awe -conmoción y pavor-* usada contra la población urbana de Irak, con bombardeos tan intensos y concentrados que los defensores morían o acababan extenuados, mientras los civiles, incluso los más rebeldes, quedaban reducidos a tales niveles de pánico y miseria que agradecían el alivio que suponía la rendición.

Asimismo, censuran la impostura de Occidente cuando enfatiza que es imprescindible actuar en Ucrania por el alto número víctimas civiles que se están causando, cuando hay guerras más cruentas en curso, caso de República Centroafricana o Yemen, ante cuyos muertos sólo ha mostrado indiferencia o incluso ha aprovechado la oportunidad para hacer negocio vendiendo armas que están causando principalmente víctimas civiles. Condenan que el caso de Ucrania es distinto para Occidente sólo porque le permite, suministrando material bélico al gobierno de Kiev por razones supuestamente humanitarias, que estas víctimas en particular puedan desgastar a su enemigo, Rusia, convirtiéndose involuntariamente en carne de cañón útil a Occidente mientras luchan por proteger su territorio nacional (Ruiz Jiménez, 2022a).

Un ejemplo ilustrativo de tal filosofía es Serbia, donde gran parte de la prensa escrita y audiovisual apoya las tesis rusas que justifican la invasión mientras se denuncia lo sesgado de la prensa occidental. Recordemos que en 1999, la OTAN bombardeó Serbia –entonces

Yugoslavia– sin autorización del Consejo de Seguridad y violando la Carta de las Naciones Unidas. La alianza atlántica realizó aquella operación a gran escala en apoyo al movimiento independentista de los guerrilleros albaneses del UÇK frente a una Serbia que trataba de preservar su integridad territorial. El país, entonces víctima de una grave crisis económica y contando con apenas 9 millones de habitantes, se veía así atacado por el mayor ejército de la historia en una agresión ilegal que se promocionó en los medios de comunicación como *guerra humanitaria* en un curioso oxímoron. EEUU terminaría dictando las nuevas fronteras de Serbia desposeyéndola de Kosovo, donde instaló la base militar de Camp Bondsteel, la más grande que posee fuera de su territorio nacional (Ruiz Jiménez, 2016: 212-221). Rusia, debilitada e impotente bajo el Gobierno de Boris Yeltsin, fue incapaz de auxiliar a su aliado balcánico y sintió la humillación de que EEUU hiciera y deshiciera a su antojo en su área de influencia histórica sin que la ONU, la sociedad civil occidental ni la comunidad internacional reaccionasen, o más bien lo hicieran sólo enviando ayudas millonarias a los albanokosovares. El argumento de la OTAN en Kosovo es que se estaba cometiendo un genocidio contra los albaneses que vivían en Serbia. El mismo que Putin ha rescatado oportunamente para dividir Ucrania en 2022, devolviéndole a EEUU, con sus propios argumentos y proceder, *la jugada* de Kosovo, como ya hizo anteriormente en las georgianas Osetia del Sur y Abjasia (2008) y en la ucraniana Crimea (2014). Por otra parte, en Rusia se ha aprovechado el resquicio legal conocido como *la puerta trasera serbia* para volar a Europa burlando el bloqueo de la UE a los vuelos con origen o destino en Rusia. Serbia no pertenece a la UE y no ha impuesto sanciones a Rusia, pero sus aeronaves pueden volar libremente a los países comunitarios. Por este motivo, Air Serbia, dobló el número de vuelos entre Moscú y Belgrado, que sirve de escala a los rusos que desean viajar a los países comunitarios. Desde entonces, todos estos vuelos han estado completos pese a que solo ofrecen asientos en clase business (Neate & Topham, 2022).

En cualquier caso, no deja de llamar la atención que en los países que muestran empatía con Rusia y a la vez se perciben como adalides de la justicia y la ética frente al neoimperialismo occidental, rara vez se cuestione la naturaleza autoritaria, cleptócrata y represiva del régimen de Putin.

Esta situación está dando lugar a situaciones tan curiosas como la que se vive en Sarajevo. La ciudad se encuentra dividida entre la zona oeste, poblada mayoritariamente por bosnios musulmanes, y la zona este, donde se concentra la población serbia como consecuencia de los Acuerdos de Dayton de 1995 que separan el país entre la República Srpska y la Federación croato-musulmana. Cada parte de Sarajevo tiene su propia Universidad, y resulta tan llamativo como alarmante que incluso en un ambiente de gente joven, culta, viajada y políglota, tratándose además de dos comunidades que prácticamente comparten el mismo espacio, sólo se encuentren partidarios de Rusia en la Universidad de Sarajevo Este (serbia) y de Occidente en la de Sarajevo (musulmana). Ergo, la ciudad parece una reproducción a escala del mundo bipolar al que nos vamos acercando. Y es que estamos en un diálogo de sordos, en dos cámaras de eco donde la información, ideas y narrativas se transmiten en un sistema cerrado donde las visiones diferentes son ignoradas, censuradas, prohibidas o minoritariamente representadas. Consecuencias como la exclusión de Rusia del Comité de Derechos Humanos de la ONU no son sino pasos que nos van acercando a una bipolaridad en la que incluso el sistema de Naciones Unidas está en serio riesgo de colapsar en beneficio

de dos bloques enfrentados, en permanente carrera armamentística y convencidos de su superioridad moral en una suerte de nueva y peligrosa Guerra Fría.

Historia y dinámicas internas de Ucrania respecto a Rusia

El otro gran actor del conflicto, Ucrania, es curiosamente el más ignorado y olvidado, casi como sujeto pasivo en el gran tablero de ajedrez de las potencias internacionales. Si bien Ucrania comparte lazos históricos, lingüísticos y culturales con Rusia, rechaza claramente la asimilación que dan por sentada desde Moscú. Su población ya vivió varios episodios que marcaron diferencias y desafectos, como la hambruna del *holodomor* (1932-34) propiciada por Stalin; reacciones independentistas antirusas, –desde las anarquistas de Nestor Makhno (1918-21) a las de extrema derecha de Stefan Bandera (1941-43)–; y el renacer nacionalista que sorprendió a Moscú en los años de la *perestroika* (1985-1991) tras medio siglo de sutil rusificación de Ucrania bajo el comunismo. La independencia obtenida en 1991, en principio manteniendo estrechos lazos económicos y políticos con Rusia, trajo consigo una serie de presidentes nefastos que coqueteaban con Moscú, Washington o Bruselas según su conveniencia. La Ucrania independiente se convirtió en un país disfuncional, donde surgieron unos oligarcas que acaparaban toda la riqueza nacional, la calidad de vida de la población se hundió y la corrupción política estaba a la orden del día, ante el absoluto desconcierto de sus sufridos ciudadanos (Yekelchik, 2007).

Baste recordar el ejemplo de Viktor Yushenko, el candidato *democrático* promocionado por Occidente en 2004 que, víctima de un fraude electoral, logró finalmente llegar a la presidencia gracias a la popular revolución naranja y al apoyo estadounidense. Tras cinco años en el poder, su gestión fue tan calamitosa que logró menos del 5% de los votos, ya en unas elecciones limpias, lo que supone todo un record mundial para una candidatura a la reelección. Mientras, el ganador resultaba, en un giro insólito, el protagonista del fraude electoral de 2004, Viktor Yanukovich, que regresaba así al poder hasta el golpe de Estado que acabó con su Gobierno durante la revolución del Maidan de 2014 (Ruiz Ramas, 2016). Moscú entendió aquel golpe de Estado como parte de la estrategia occidental de captación de los países de su área de influencia, y reaccionó anexionándose Crimea y apoyando la secesión del Dombás, quebrando definitivamente las manguantes simpatías ucranianas hacia Rusia. De hecho, si bien el objetivo de Rusia fue siempre mantener a Ucrania como nación rusa hermana, los ucranianos sintieron una vez más que Moscú no buscaba su amistad, sino su subordinación, y literalmente se hartaron de que se les negara arrogantemente su identidad nacional y se les tratara poco menos que como una colonia (Schlögel, 2018; Vila López, 2015). De este modo, la política rusa de tratar de mantener Ucrania controlada a toda costa tuvo un efecto contraproducente, espoleando un renacimiento patriótico generalizado desde 2014: la gente decoraba todo lo imaginable con los colores de la bandera, desde los columpios de los niños en los parques públicos hasta las casetas de aperos en las obras; los *souvenirs* más populares pasaron a ser rollos de papel higiénico con la cara de Putin; la recuperación del Dombás se convirtió en la causa común de toda la nación; e incluso la mayoría de los ucranianos rusoparlantes se alinearon contra Rusia. Además, la guerra del Dombás, que continuó ininterrumpidamente desde 2014 hasta marzo de 2022, generó un llamativo culto popular al ejército y a las armas de fuego, que podían adquirirse en tiendas

con toda facilidad y hasta se anunciaban en las marquesinas de las paradas de los autobuses urbanos. Así, se creó entre la ciudadanía de Ucrania un espíritu casi de cruzada nacional, a la vez que la desesperación ante el ineficaz y corrupto Gobierno del oligarca Petro Poroshenko, decepcionante fruto de la revolución del Maidan, dio pie a la extravagante elección de un popular actor, Volodimir Zelenski, como nuevo presidente en mayo de 2019.

Quizás hubiera sido el momento de dar un giro a la política ucraniana, pero Zelenski, incapaz de poner en orden la caótica administración y economía del país, apostó por perpetuar la tensión con Rusia. Ciertamente, hay que reconocer que negociar la cuestión de Crimea y el Dombás, así fuera en el marco de los acuerdos de Minsk de 2014, hubiera sido una decisión muy impopular para su Gobierno. Además, Zelenski confiaba en que su abierto desafío a Moscú le granjeara apoyo y protección por parte de EEUU y la UE, algo que se ha demostrado era una expectativa muy poco realista.

En definitiva, el tiempo ha demostrado que tanto las estrategias de Occidente, como las de Rusia y Ucrania que acabamos de describir han dado pie a una dinámica sumamente negativa y dañina para todas las partes, que se detallan en el siguiente apartado.

El laberinto de la guerra y los caminos hacia la paz

Rusia ha tratado de dar un golpe de efecto que intimidara a la OTAN y devolviera Ucrania a la órbita de Moscú mediante una rápida victoria confiando en su aplastante superioridad militar. Al final, en un extraño ejercicio de imprevisión, se ha encontrado librando una guerra larga, algo predecible cuando trata de ocuparse un país de 44 millones de habitantes, de superficie superior a la de España, que lleva años inundándose de armas, que está recibiendo aún más desde Occidente –quien también presta una impagable ayuda logística–, y donde aparte de un ejército ya experimentado en el Dombás, gran parte de la población sabe usarlas y está dispuesta a todo por defender su país. Los problemas logísticos y de abastecimiento sufridos por el Ejército ruso, tanto en material bélico como en el envío de refuerzos al frente, así como la baja moral y motivación de sus tropas frente a unos ucranianos para quienes la independencia y libertad de su nación están en juego, llevaron primero a renunciar a objetivos maximalistas como la toma de Kiev y la imposición de un Gobierno afín a Moscú, teniendo después incluso graves dificultades para mantener los territorios bajo su control. Y es que, tras siete largos meses de guerra en los que para Rusia *no ganar era perder* por su status de gran potencia, tuvo lugar el gran éxito militar y propagandístico de una contraofensiva de Ucrania en la que ésta recuperó más de 8.000 kilómetros cuadrados de territorio en el área de Jérsón a finales de agosto. El avance ucraniano continuó a lo largo del otoño, culminando con la toma de ciudad en noviembre, aunque el ejército ruso había dañado tanto sus infraestructuras que tanto los civiles como los militares tuvieron que abandonarla por los rigores del invierno pocos días después.

En cualquier caso, los apoyos oficiales a Rusia se resintieron y empezaron a perder la paciencia desde la ofensiva ucraniana de agosto, como quedó demostrado en la XXII cumbre de Jefes de Estado de la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS) celebrada en Samarcanda entre el 15 y el 16 de septiembre. Si bien China y Rusia reafirmaron su asociación estratégica global y recibieron el apoyo de los líderes de Irán e India, entre otros, a un modelo político y económico internacional no condicionado por Estados Unidos ni

por las sanciones económicas de Occidente, los líderes de China, Kazajistán, Kirguistán y Uzbekistán se mostraron distantes y críticos con Moscú por su gestión de la guerra, postura a la que se unió inmediatamente Turquía. Todos ellos urgieron a Putin a acabar cuanto antes con el conflicto. De este modo, el 21 de septiembre Putin se vio obligado a dirigirse a los ciudadanos rusos en un discurso que no podía ocultar su creciente desasosiego ante el rumbo de los acontecimientos: amenazaba con el uso de armas nucleares contra Ucrania y sus aliados, dejaba de definir la guerra como *operación espacial*, y anunciaba una movilización parcial de tropas de 300.000 nuevos reclutas. Los efectos inmediatos fueron una oleada de protestas, de ataques incluso con cócteles molotov y armas de fuego a centros de reclutamiento, y el colapso de las salidas del país por avión y carretera. Con el paso a la UE prácticamente cerrado, los ciudadanos solo podían huir por tierra a través de Georgia, Kazajistán y Mongolia (García Cuesta, 2022). Resultó además sintomático que lo más buscado en Internet justo después del discurso del presidente ruso en el que anunciaba la movilización fue “cómo salir de Rusia” o “cómo romperse un brazo” (Sánchez Iranzo, 2022). En los cinco días siguientes al anuncio de movilización, unos 260.000 hombres abandonaron Rusia, de modo que el Kremlin incluso contempló cerrar las fronteras a todos los varones en edad de combatir (Colás, 2022). Asimismo, la inestabilidad interior se vio exacerbada por las mencionadas acciones de protesta ciudadana contra la movilización, en las que la policía empleó porras y táseres contra los manifestantes, y en las que más de 1300 personas fueron detenidas en 32 ciudades del país sólo en los tres días siguientes al discurso de Putin (López, 2022). El presidente ruso endureció entonces las penas a los desertores y decretó la concesión de la nacionalidad rusa a los inmigrantes que se unieran a las filas del ejército para combatir en Ucrania, aumentando así una imagen de debilidad y desesperación ante el curso de la guerra, imagen que se vio además acrecentada por la destitución del jefe del gabinete presidencial, Serguéi Ivanov, así como del militar de mayor rango a cargo de la logística de la campaña bélica en Ucrania, Dmitri Bulgákov. El referéndum llevado a cabo en el Dombás entre el 22 y el 25 de septiembre, sin observadores internacionales, con papeletas sin sobre y con militares llevando las urnas a las casas tan sólo aumentaron la sensación de que Rusia debía recurrir a medidas desesperadas en un momento crítico. La actitud del Ministro de Asuntos Exteriores ruso, llegando tarde a la sesión del Consejo de Seguridad de la ONU del 23 de septiembre, realizando un discurso victimista antioccidental y abandonando después la reunión para no escuchar las críticas a Rusia, reforzaron la proyección de Rusia como país entre la espada y la pared. Un síntoma sumamente ilustrativo del desgaste de la imagen de liderazgo diplomático y militar de Rusia incluso en su área de influencia fue el desplante de Nikol Pashinián, Primer ministro de Armenia, delante de las cámaras de televisión, cuestionó la efectividad de la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (CSTO), conocida como “la OTAN rusa” en cumbre en Ereván, el 23 de noviembre. Cuando el líder armenio afirmó que era deprimente (sic) que no se prestase ayuda a su país, miembro de la CSTO, ante la agresión de Azerbaiyán y rechazó firmar el documento de la cumbre, ante lo que Putin reaccionó tirando su bolígrafo a la mesa con rabia contenida. Sin duda, la misma situación hubiera sido impensable antes del estancamiento de la invasión rusa a Ucrania.

Además de la agitación y creciente descontento en el interior del país y de la obvia mengua del respeto que causaba entre los países de su entorno, Rusia sufre un enorme desprestigio internacional por sus ataques a civiles y por la crisis de refugiados que ha provocado;

un notable aislamiento diplomático; y unas sanciones económicas que aunque están lejos de causar el pretendido colapso de su economía, la están dañando seriamente (Lara, 2022).

En cuanto a Occidente, en principio espectador privilegiado de cómo Rusia se desgasta económica y militarmente sin tener que implicarse en la guerra, está viendo que acoger refugiados, enviar armas y sancionar al país eslavo también le está suponiendo unos costes altísimos y cada vez más inasumibles. En principio, sancionar a un Estado que viola flagrantemente el derecho internacional es una poderosa y atractiva medida de presión alternativa a la intervención militar. El éxito de las sanciones internacionales a la Sudáfrica del Apartheid entre 1963 y 1990 sentó un curioso precedente, pues sus resultados positivos terminarían por ser la excepción que confirma la regla. Y es que desde entonces su aplicación nunca ha dado los frutos esperados. De hecho, en ninguno de los dos casos más significativos de las últimas décadas, las sanciones al Zimbabue de Robert Mugabe y al Irán de los ayatolás, hubo prácticamente desgaste para sus regímenes, que más bien usaron las sanciones como excusa que justificaba todos los problemas internos, y como forma de unir a la nación ante el daño que hacían medidas impuestas por enemigos extranjeros. Al final, más que los Gobiernos a quienes se pretendía presionar, las sanciones terminaron perjudicando al ciudadano medio (Ogbonna, 2016). En el caso de Rusia, las sanciones le están causando un gran perjuicio económico, pero están siendo un factor aún más desequilibrante en el propio Occidente, elevando la inflación y poniendo la economía a las puertas de una nueva gran recesión. Por ello, en cada vez más países de la UE, más allá de la simpatía de sus poblaciones a la causa ucraniana, los ciudadanos se han ido mostrando más y más críticos contra unas sanciones que afectan seriamente a su nivel de vida (Euronews/Reuters, 2022). En realidad, prácticamente todos los ámbitos económicos de todos los países occidentales se están viendo afectados, con la gran excepción de la industria armamentística, que cotiza al alza en bolsa y que ve el conflicto armado como una gran oportunidad de negocio, no como un problema, pues a la transferencia de armas a Ucrania se une algo de mucho más calado, como el costosísimo rearme de la UE ante una Rusia que ahora se percibe como belicista, amenazante y expansionista, pese a que las cifras indican que su presupuesto militar de 61.7 mil millones de dólares antes de la guerra era similar al de Gran Bretaña y solo ligeramente superior al de países como Francia, Alemania o Arabia Saudí, todos ellos sumamente modestos frente a los 252 de China y los 778 de EEUU. Semejante gasto militar va a suponer un enorme sacrificio para las economías comunitarias, ya seriamente dañadas por la recesión económica y enorme aumento de la deuda pública consecuencias de la epidemia de COVID19. Así, Alemania ha pasado de invertir 40 mil millones en defensa en 2021 a presupuestar 100.000 para 2022, y la UE se dotó de 100.000 millones de euros de presupuesto de defensa extraordinario con el que nadie contaba antes de la guerra (Sánchez, 2022).

Lamentablemente, se han perdido las ocasiones de conciliación entre Rusia y Ucrania que supusieron en su momento tanto los Acuerdos de Budapest de 1994, en los que Rusia garantizó la soberanía del país a cambio de la entrega del arsenal nuclear soviético que permanecía en Ucrania, como en los Protocolos de Minsk de 2014, que contemplaban unas razonables reformas constitucionales para Ucrania que reconocían los derechos de los ucranio-rusos, así como un estatuto de autonomía para el Dombás que aseguraba su permanencia en Ucrania. La salida planteada en Minsk se terminó bloqueando porque ambas partes se negaron a renunciar a su política de máximos. Por una parte, Rusia se veía capaz de prevenir

mediante una rápida operación militar que Ucrania se fuera rearmando por Occidente hasta poder tomar el Dombás e integrarse en la OTAN. Por otra parte, Ucrania apostó a largo plazo por recuperar el control centralizado de todo su territorio nacional sin concesiones, aunando así el sentimiento antirruso y patriótico desarrollado por la población ucraniana con la esperanza de que el apoyo de la OTAN y la UE intimidaran a Rusia. Ambas previsiones fracasaron estrepitosamente y al final todas las partes implicadas, junto a numerosos países terceros –que sufren inflación, problemas de abastecimiento o recepción de refugiados–, están resultando gravemente perjudicados en lo humano, material y económico sin que se vislumbren beneficios de ningún tipo. Solo cuando las políticas *realistas* y el proceder bajo la idea de la *seguridad militar* han llevado a callejones sin salida en cuanto a violencia, destrucción material y daños económicos, como en el caso de Ucrania, quienes han creado el problema y se sienten ya incapaces de resolverlo parecen esperar recetas mágicas de terceras partes mediadoras y de los estudiosos y activistas por la paz. Por todo ello, en Occidente van cobrando más sentido las palabras del veterano Henry Kissinger cuando afirmó al principio del conflicto de Ucrania “En mi vida he visto a los EEUU empezar cuatro guerras sin saber cómo terminarlas y de tres de ellas nos retiramos unilateralmente” (Kissinger, 2022). No son las palabras de una pacifista, sino que indican que en la realidad las guerras son extremadamente dañinas y rara vez se atienen al guión previsto por las partes implicadas, llámense Rusia u Occidente. Una vez más, como afirmaba el profesor Vicent Martínez Guzmán, resulta que los pacifistas terminan por mostrarse como los verdaderos *realistas* y que la eficacia está de su lado (Martínez Guzmán, 2001).

El hecho es que tarde o temprano tendrá que alcanzarse un acuerdo de paz, teniendo bien presente que llegados a este punto del conflicto ambas partes tendrían que hacer dolorosas concesiones. Y es que hay dos enormes obstáculos a tener muy en cuenta. En primer lugar, que ningún Estado acepta jamás ceder ni un centímetro de su territorio nacional sin agotar todas sus opciones de mantenerlo, y Ucrania está decidida a recuperar sus fronteras anteriores a 2014, lo que incluye a Crimea, cueste lo que cueste (Zolkina, 2022). A la vez que el puerto de Sebastopol resulta irrenunciable para Moscú, la población local desea mayoritariamente permanecer en Rusia y al fin y al cabo, el que solo perteneciera a Ucrania desde 1954 haría más aceptable la pérdida ante la opinión pública.

En segundo lugar, que los Estados pugnan siempre por reunir en sus fronteras a todos los miembros de su nación, y nunca renuncian a incorporar los territorios poblados por sus compatriotas que estén situados fuera de sus fronteras. Es lo que Rusia trata de llevar a cabo en Georgia, Bielorrusia, Crimea y al intentar extender sus fronteras a costa de Ucrania. En realidad, el proyecto de integración de Bielorrusia en Rusia está muy avanzado, y el reconocimiento de la independencia de las repúblicas del Dombás, así como los referéndums llevados a cabo en septiembre, no son para Moscú más que la antesala de su incorporación.

Las negociaciones de paz pueden también ser una oportunidad de dar el protagonismo negado hasta ahora a entidades como la ONU y la OSCE, cuyos buenos oficios pueden ser de gran utilidad para alcanzar y legitimar acuerdos. Asimismo, suponen una ocasión de dialogar no solo para Rusia y Ucrania, sino para las potencias implicadas indirectamente, caso de China, EEUU y la UE, de modo que sirvan para establecer un marco de seguridad común que evite escaladas de tensión que puedan conducir a nuevas guerras. También para que los negociadores tengan en cuenta tanto las propuestas de la investigación para la paz como de

las ONGs humanitarias. Su conocimiento y experiencia pueden ser de gran utilidad para alcanzar acuerdos que acaben no solo la violencia física y directa del conflicto armado, sino con la violencia estructural y cultural. En el caso ucraniano, respecto a la primera, se trataría de ir más allá del simple cese de las hostilidades para centrarse en combatir la desigualdad, la pobreza y la corrupción que han caracterizado a Ucrania desde su independencia. En cuanto a la segunda, urge reconstruir las dañadas relaciones entre los pueblos hoy enfrentados y trabajar paradigmas como el de la *seguridad humana* como alternativa al de la *seguridad militar* que ha conducido a unos niveles de tensión internacional comparables a los que precedieron a las guerras mundiales. En este sentido, vale la pena visibilizar y poner en valor la cantidad de fascinantes iniciativas no violentas que se han sucedido espontáneamente por parte de la población ucraniana y rusa, tales como el que miles de personas rodearan la central nuclear de Zaporizhia para protegerla tras ser alcanzada por la artillería rusa el 2 de marzo, el sabotaje y *hackeo* para desviar los trenes con tropas y material militar que salían de Bielorrusia hacia Ucrania, las iniciativas ciudadanas independientes que acogieron de forma desinteresada y solidaria a cientos de miles de refugiados en las primeras semanas del conflicto, las marchas ciudadanas en Rusia denunciando la invasión en los días siguientes a su inicio y el activismo online por la paz por parte de numerosas organizaciones e *influencers* rusos que desafían la represión estatal (Ruiz Jiménez, 2022b). Estas iniciativas muestran la fuerza de la voluntad y del compromiso por la paz de innumerables ciudadanos corrientes que desafían al maniqueísmo y a las consignas tanto de las narrativas periodísticas como de las políticas *mainstream*, centradas en la acción militar como única forma de participar y contribuir a resolver el conflicto.

Urge alcanzar un acuerdo porque cada día que pasa aumenta el drama humano de la guerra, las muertes, los desplazamientos, el empobrecimiento generalizado, las enemistades y los rencores entre naciones. También por el riesgo de que la guerra se expanda más allá de las fronteras de Ucrania, pues a diferencia de otros conflictos recientes igual o más cruentos, caso de República Democrática del Congo o Siria, éste puede tener consecuencias globales desconocidas, habiendo incluso amenazas que parecían olvidadas desde la Guerra Fría, como el uso de armas nucleares, químicas y biológicas, e incluso la posibilidad de una Tercera Guerra Mundial.

REFERENCES

- Colás, X (26 de septiembre de 2022). Los rusos se ‘movilizan’ hacia las fronteras y contra las autoridades. *El Mundo*. Retrieved from <https://www.elmundo.es/internacional/2022/09/26/6331edcc21efa05b0f8b45f8.htm>
- Djurkovic, M. (2020). Objene pevolucije kao deo hibridnog rata. *Matica Srpska*, 175, 309-327.
- Euronews/Reuters (4 de septiembre de 2022). 70.000 Czechs take to the streets against government, EU and NATO. Retrieved from <https://www.euronews.com/2022/09/04/70000-czechs-take-to-the-streets-against-government-eu-and-nato>
- Fursov, A. (14 de abril de 2014). Conferencia *Battlegroud Ukraine*. Retrieved from <https://www.youtube.com/watch?v=-ZxfWYBhD50>
- García Cuesta, J. (23 de septiembre de 2022) Los rusos forman colas de decenas de kilómetros al intentar escapar de la guerra, *El País*. Retrieved from <https://elpais.com/>

- internacional/2022-09-23/los-rusos-forman-colas-de-decenas-de-kilometros-al-intentar-escapar-de-la-guerra.html#?rel=mas
- Huntington, S (1996). *The Clash of Civilisations and the Remaking of the World Order*. Nueva York: Simon & Shuster.
- Kissinger, H. (2022, 5 de marzo). To settle the Ukraine crisis, start at the end, *The Washington Post*. Retrieved from https://www.washingtonpost.com/opinions/henry-kissinger-to-settle-the-ukraine-crisis-start-at-the-end/2014/03/05/46dad868-a496-11e3-8466-d34c451760b9_story.html
- Lara, A. (2022, 24 de agosto). Las sanciones hacen menos mella en la economía rusa de lo previsto, *Economist & Jurist*. Retrieved from <https://www.economistjurist.es/economia/las-sanciones-hacen-de-momento-menos-mella-en-la-economia-rusa-de-lo-previsto/>
- López. M (2022, 23 de septiembre). Putin incrementa la represión contra el pueblo ruso. *Diario 16*. Retrieved from <https://diario16.com/putin-incrementa-la-represion-contra-el-pueblo-ruso/>
- Neate, R & Topham, G. (2022, 11 de marzo). Russians using Serbian loophole to avoid EU flights ban. *The Guardian*. Retrieved from <https://www.theguardian.com/business/2022/mar/11/wealthy-russians-using-air-serbia-loophole-to-avoid-eu-flights-ban>
- Martínez Guzmán V. (2001). *Filosofía para hacer las paces*. Barcelona: Icaria.
- Núñez Villaverde, J. A. (2016, 16 de mayo) EEUU sigue jugando con fuego con el escudo antimisiles. *Real Instituto Elcano*. Retrieved from <https://www.realinstitutoelcano.org/euu-sigue-jugando-con-fuego-con-el-escudo-antimisiles/>
- Ogbonna, Ch. (2016). *Sanctions and human rights. The role of sanction in international security, peace building and the protection of civilian's rights and well-being: case studies of Iran and Zimbabwe*. Tesis Doctoral. Universidad Jaume I de Castellón. <https://www.tdx.cat/handle/10803/525866>
- Plokhly, S. (2017). *The Gates of Europe*. Nueva York: Ed. Basic Books.
- Politkotskaya, A. (2003). *Una guerra sucia: una reportera rusa en Chechenia*. Barcelona: RBA.
- Ruiz Ramas, R. (ed.) (2016). *Ucrania: de la Revolución del Maidán a la Guerra del Dombass*, Salamanca, Comunicación Social.
- Ruiz Jiménez, J. A. (2016). *Y llegó la barbarie. Nacionalismo y juegos de poder en la destrucción de Yugoslavia*. Barcelona: Ariel.
- Ruiz Jiménez, J. A. (2022a, 21 de abril). La ilusión del aislamiento de Rusia y el riesgo de una nueva Guerra Fría, *Público*. Retrieved from <https://blogs.publico.es/dominiopublico/44886/la-ilusion-del-aislamiento-de-rusia-y-el-riesgo-de-una-nueva-guerra-fria/>
- Ruiz Jiménez, J.A (2022b). La desconocida historia del pacifismo ruso: de los *doukhobors* a la guerra de Ucrania. *Tiempo de Paz*, 146-147, 122-135.
- Sánchez Iranzo, M (2022, 22 de septiembre). Cómo romperse un brazo o cómo salir de Rusia, lo más buscado por los rusos en Google, *ElNacional.cat*. Retrieved from https://www.elnacional.cat/es/internacional/romperse-brazo-salir-rusia-buscado-google-rusos_888171_102.html
- Sánchez, R. (2022, 23 de marzo). Alemania será el núcleo de la nueva fuerza militar europea, *ABC*. Retrieved from https://www.abc.es/internacional/abci-alemania-sera-nucleo-nueva-fuerza-militar-europea-202203230027_noticia.html

- Sánchez Ortega, A. J. (2014). *Rusia, el poder y la energía*. Madrid: Plaza y Valdés.
- Schlögel, K. (2018). *Ukraine, a nation on the borderland*, Londres, Reaktion Books.
- Vallés, V. (2019). *El rastro de los rusos muertos*. Barcelona: Espasa.
- Vila López, J. M. (2015). *Ucrania frente a Putin*. Madrid: Vivelibro.
- Yekelchik, S. (2007). *Ukraine: Birth of a modern nation*. Oxford: Oxford University Press.
- Zolkina, M. (2022, 25 de marzo). Ukraine will not surrender an inch of land to Russia-the west must understand this. *The Guardian*. Retrieved from <https://www.theguardian.com/commentisfree/2022/mar/25/ukraine-west-russia-kyiv-russian-offensive>